

je muy asequible, ayudan a reflexionar sobre hechos y palabras del Señor, e invitan a entrar en un diálogo íntimo y personal con El que es Camino, Verdad y Vida. De esta forma pretenden abrir al lector nuevos horizontes de entrega a Dios y de servicio a los demás.

Al final del libro se incluyen unos apéndices que contienen: las condiciones para ganar el Jubileo Compostelano, un examen de conciencia para prepararse para el Sacramento de la Penitencia, y una guía para rezar el Santo Rosario y otras oraciones.

José Alviar

Tomás MELENDO - Lourdes MILLÁN-PUELLES, *La pasión por la verdad. Hacia una educación liberadora*, EUNSA, Pamplona 1997, 161 pp., 11 x 18.

Un libro de claro contenido educativo escrito desde una mentalidad filosófica, procurando desentrañar los grandes temas de la formación humana y cristiana. Ante la deshumanización de la tarea educativa, los autores, conocidos por sus numerosas publicaciones, muestran de manera patente la función liberadora de la verdad, y especialmente de la Verdad, con mayúscula.

Se trata de educar para ser persona que piensa en los demás y no sólo en un fin utilitarista. Educar para saber amar realmente, para madurar interiormente, para ser capaz de ser más libre. Una educación que no esclavice al ser reductora de las dimensiones espirituales de la persona. La sociedad actual empuja para que se imparta una formación científico-técnica de calidad, pero en demasiadas ocasiones dejando la dimensión espiritual muy poco cultivada por no decir a veces truncada.

Los títulos de los capítulos son suficientemente ilustrativos para advertir la finalidad de esta obra, breve pero sustanciosa: la función liberadora de la verdad; la esclavitud de un saber angosto; la verdad encarnada, es decir, una verdad que se hace vida; verdades con rostro alado o el estudio de las humanidades; la liberación radical está en Dios. Termina la obra con un capítulo que propone la formación integral como el gran reto, una educación que tenga en cuenta todos los aspectos del hombre, teniendo al amor como centro de esa formación, pues el hombre es «desde el Amor, por el amor y para el Amor. El hombre es, participadamente, amor» (p. 138). Desde esta perspectiva se podrá hablar de una formación de la inteligencia, de la voluntad y de las virtudes morales.

Parece que estamos en un momento que hay que escribir sobre lo obvio, sobre esas grandes realidades —en todos los campos— que parecen olvidadas u orilladas. Y esto es lo que pasa en la educación. Para este matrimonio de filósofos, en el mundo educativo se están olvidando actualmente demasiadas veces las grandes verdades a las que debe llegar la educación, las finalidades que una tarea tan trascendental como la educación debe realizar. En la educación actual, junto a las luces, hay muchas sombras, pues se ha olvidado el valor liberador de la verdad en todas sus dimensiones. Lo que se olvida hoy día es lo central, lo importante: que la educación debe llegar a formar todas las capacidades de la persona humana, pero especialmente aquellas que son las que darán sentido a toda su existencia; educar es formar a la persona en todas sus facetas, cabeza y corazón, sentido trascendente, amor a la verdad y a las verdades de esta vida, pero especialmente amor a la Verdad, ayudar a los que sean verdaderos hijos de Dios. Éste es el reto que se proponen nuestros

autores y sin duda aportan ideas para conseguirlo, pues lo hacen con los pies en el suelo, desde un gran conocimiento de la realidad educativa, pero también dando consistencia a sus razonamientos, es decir, desde un buen conocimiento del mundo intelectual y cultural en el que nos movemos.

Jaime Pujol

Fidel GONZÁLEZ, *Los movimientos en la historia de la Iglesia*, Encuentro, Madrid 1999, 254 pp., 15 x 23, ISBN 84-7490-511-7.

El autor es Profesor de Historia de la Iglesia en la Pontificia Universidad Urbana y en la Gregoriana, y es colaborador en tareas de los organismos vaticanos.

El libro que presentamos es una buena síntesis de la historia de los «movimientos». Pero hay que tener en cuenta qué se entiende en el libro por «movimiento». Si en la Iglesia hay una *estructura* sacramental y ministerial establecida por Cristo, hay también necesariamente una *vida* que el Espíritu Santo infunde constantemente a la Iglesia y los cristianos (por utilizar un binomio querido del P. Congar, fundamentalmente válido pero que habría que completar). Pues bien, se entiende por «movimiento» toda realidad cristiana, con una mayor o menor institucionalización, provocada en la historia por el Espíritu Santo (la *vida*) y distinta, por su origen y naturaleza, de la dimensión sacramental y ministerial-jerárquica (la *estructura*). En este sentido, el libro responde a su título: hace un recorrido desde las primeras formas de vida cristiana que, de alguna manera, suponen una revitalización y aspiración a la fuente genuina del Evangelio y la «vida apostólica». Desde el monacato y eremi-

tismo, pasando por las órdenes mendicantes, hasta las formas modernas de vida religiosa o de consagración en el mundo, para desembocar en los movimientos eclesiales del s. XX y en la actualidad.

Este recorrido se completa con unos Apéndices documentales, con textos de Juan Pablo II sobre los movimientos e información sobre cada uno de los que se hallaron presentes en en la Plaza de San Pedro el 30 de mayo de 1998 con motivo de la convocatoria realizada por Juan Pablo II a los Movimientos eclesiales.

El recorrido histórico es verdaderamente interesante, y constituye una síntesis difícil de lograr en las relativas pocas páginas de este libro. El lector las leerá con agrado y provecho, ya que se nota la pluma experta de un buen conocedor de la historia de la Iglesia, sin erudición sobrecargante e innecesaria, pero alcanzando los núcleos más interesantes de los «movimientos» del Espíritu en cada época.

Con todo, si alguna cosa hubiera que decir sobre este valioso libro, no se refiere tanto a la calidad evidente del trabajo, sino al concepto mismo de «movimiento» que se utiliza. Sin duda, lleva razón el autor cuando atribuye al Espíritu Santo todo impulso y novedad que acontece en el vivir histórico de la Iglesia. Que todas esas formas de acción del Espíritu dan lugar a «movimientos» en un sentido amplio y abarcante, tampoco plantea especial problema. Queda la duda de si esta noción es lo suficientemente concreta para significar un *tipo* de «impulsos» más o menos institucionalizados del Espíritu: si «movimiento» sirve para englobar desde el monacato benedictino, pasando por los discípulos de Santo Domingo o San Ignacio, hasta llegar a los Cursillos de Cristiandad, entonces no sé si será un concepto que eclesiológicamente tenga una valencia operativa para responder a